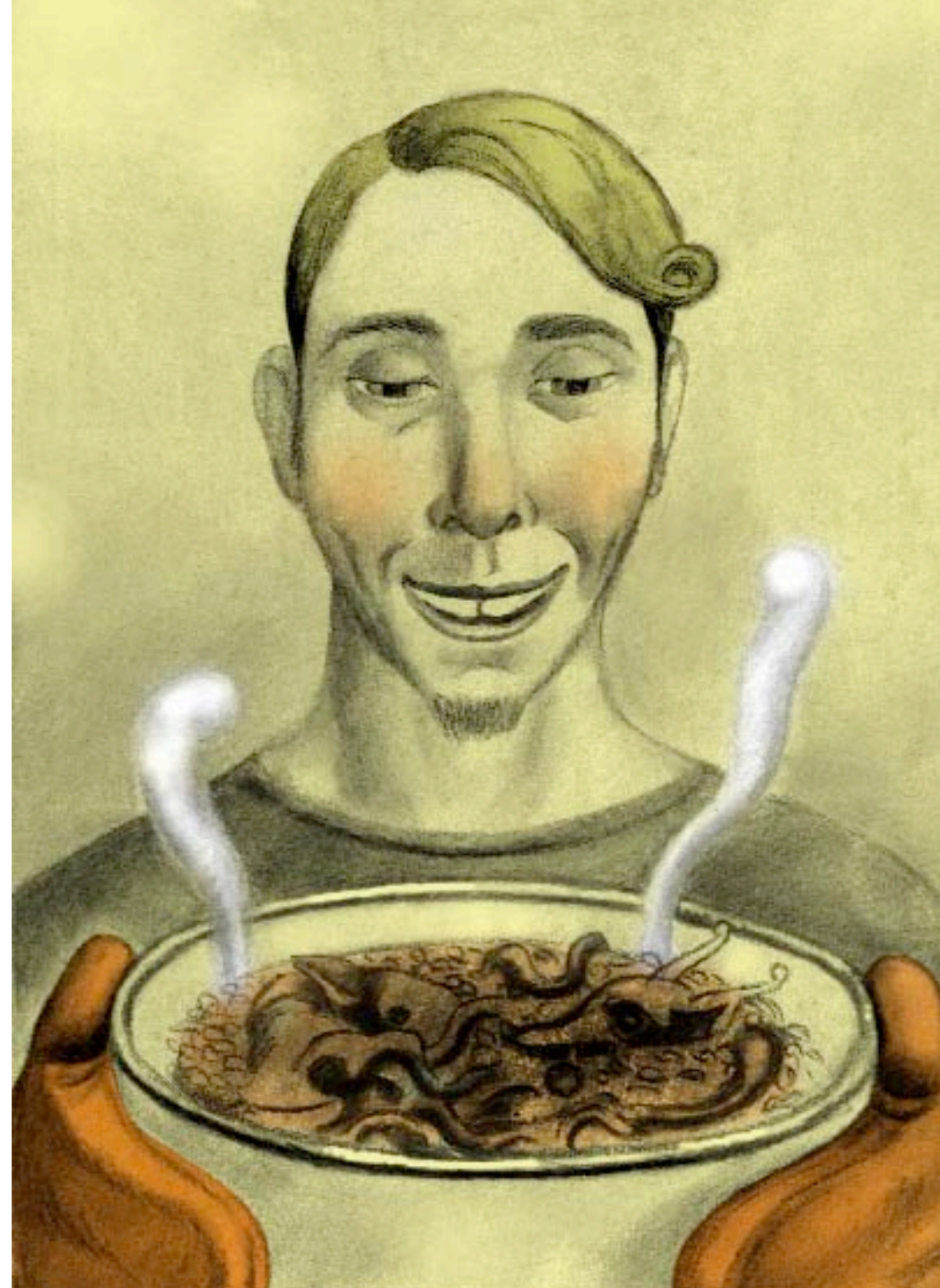


—Lo leí en el libro que me regalaste el mes pasado. ¡Está fenomenal!

—Vamos a la cocina, anda —responde el padre, consciente de que a su hija le encantan las discusiones y de que será mejor desviar aquella conversación antes de que se complique—. Así me lo explicas con detalle mientras comemos, a ver si esta vez lo entiendo bien.

Los dos se sientan a la mesa. Hoy el padre ha cocinado calamares guisados con arroz, uno de los platos preferidos de la niña. Comienza a explicar cómo los ha preparado, en un intento de cambiar de tema, pero Brenda insiste en continuar la conversación de antes. Entre bocado y bocado, la niña va explicando sus razones:

—Los animales no eligen cómo quieren ser, nacen así. Los elefantes tienen unas orejas enormes y esa trompa tan rara



que les sirve para un montón de cosas. Y los canguros llevan a sus crías en una bolsa que tienen en la barriga. —Brenda pincha con el tenedor un calamar pequeño y lo mira con atención—. ¿Y qué me dices de los pulpos que vimos en el acuario? Esos sí que son bichos raros, con la cabeza fofa y todos esos tentáculos llenos de círculos pegajosos.

—Se llaman ventosas, no círculos. Son como las de ese calamar que te vas a comer, solo que más grandes —la corrige el padre. Después, añade—: Lo que me dices ya lo sé, cada animal es como es: los cocodrilos, los pingüinos, las arañas, los avestruces...

—¡Pues los dragones, igual! Son como son, ellos no tienen ninguna culpa.

—De parecer repulsivos puede que no tengan culpa. Pero ¿qué me dices de

sus maldades? —replica el padre—. ¿Te parece bien andar todo el día quemando cosechas, matando a los animales, asustando a la gente...? ¿También lo hacen porque son así?

—¡No has entendido nada, papá! Lo que te digo es que si tienen escamas muy duras, y cuernos, y pinchos por el lomo, y echan fuego por la boca, es porque son así.

Como el padre parece que se ha quedado sin respuestas, Brenda añade:

—Además, no sé por qué hablas de maldades. Acuérdate de *Dragonheart*, la película tan bonita que me regaló la abuela. ¿Te pareció malvado aquel dragón?

El padre guarda silencio, resignado ya a pasarse toda la comida hablando de dragones. Claro que recuerda la película, que le pareció magnífica. Pero no dice nada; si